

Tercer Domingo de Adviento

RECURSOS ORANTES DE ADVIENTO

para vivir la espiritualidad sinodal
(2025)

Rosa Ramos (Uruguay)



Equipo Continental de recepción del Sínodo en América Latina y el Caribe Comisión de Espiritualidad

Redacción

Hna. Daniela Cannavina, HCMR (Argentina)
Hna. Cleusa Alves Da Silva, IFAS (Brasil)
P. Rafael González Ponce, MCCJ (México)
Rosa Ramos (Uruguay)
Hna. Liliana Franco, ODN (Colombia)
Hna. Birgit Weiler (Perú)

Edición

Ángel Morillo

Diseño y diagramación

Milton Ruiz

Realización

Centro para la Comunicación del Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño (Celam)



INTRODUCCIÓN*

Hemos iniciado el tiempo litúrgico de Adviento. Es un tiempo para prepararnos y celebrar dignamente la primera llegada de Jesús al mundo, su nacimiento en Belén. Los textos bíblicos del Adviento nos piden también tener presente la dimensión escatológica, es decir, la segunda llegada de Jesús al final de los tiempos cuando por la acción de Dios su reino será establecido en plenitud. El Adviento es un tiempo que nos invita a fortalecer nuestra esperanza en el Señor y a ejercitarnos más en vivir con un corazón atento, lleno de amor por el Señor y sus llegadas. Éstas incluyen sus llegadas “silenciosas” a nuestras vidas cotidianas que sólo pueden ser percibidas con una atención vigilante y cariñosa. Como tiempo de preparación, el Adviento es también un tiempo de reflexión, contemplación y de conversión, de metanoia en el sentido bíblico que significa un cambio profundo de mente y corazón. El tiempo de Adviento nos pide disponer nuestro corazón a una conversión integral para verdaderamente “preparar el camino del Señor” (Lc. 3,4).

Como Iglesia, Pueblo de Dios en camino, vivimos este Adviento en la fase importante de implementar el Sínodo de la Sinodalidad en nuestras Iglesias locales para que genere el fruto deseado. Como nos lo recuerda el Documento Final del Sínodo de la Sinodalidad (en adelante: DF) nos recuerda que en este camino el Espíritu nos llama a “la conversión de las relaciones” (DF. Parte II), de “los procesos” (DF. Parte III) y de “los vínculos” (DF. Parte IV), de “los sentimientos, las imágenes y los pensamientos que



habitan nuestros corazones” así como a la conversión de la acción pastoral y misionera” (DF. 11). El llamado a la conversión en el Adviento nos pide disponer nuestro corazón a perdonar y a pedir perdón, a escuchar a nuestros hermanos y hermanas con apertura y sin prejuicios, también cuando manifiestan modos de pensar y puntos de vista que difieren de los nuestros, a apreciar y acoger “con gratitud y humildad la variedad de dones” (DF. 43) otorgados por el Espíritu a todos los miembros del Pueblo de Dios para el bien de la Iglesia toda y su misión en el mundo; a generar relaciones de un discipulado de Jesús practicado en condiciones de igual dignidad y reciprocidad entre varones y mujeres, relaciones libres de “ambiciones, deseos de dominio o control”, cultivando los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (DF. 43). Él manifestó en su persona la predilección de Dios por los pobres al compartir su vida y revelar la especial compasión y ternura de Dios hacia ellos y al liberarlos de lo que les esclaviza y hiere su dignidad (ver *Dilexi te*, n. 18). Mantengamos viva la memoria de que, en fidelidad a Jesucristo, la Iglesia está llamada a caminar “pobre con los pobres”; en ella los pobres, varones y mujeres, deben tener “un sitio privilegiado” (DF. 21).

En nuestro camino personal y eclesial de conversión espiritual en clave sinodal, nos pueden inspirar los tres verbos movilizadores, propuestos por el papa Francisco en su homilía en la eucaristía al iniciar el camino sinodal de toda la Iglesia (10 de octubre de 2021): “Encontrar, escuchar, discernir”. Su significado no ha perdido actualidad en la fase de implementación sinodal. En su homilía Francisco nos pide que seamos cada vez más “expertos en el arte del encuentro”. Eso implica “tomarnos tiempo para estar con el Señor y favorecer el encuentro entre nosotros”. Dar en medio los labores y ajetreos de nuestra vida diaria un espacio al silencio interior, a la contemplación y oración, a lo que el Espíritu quiere decir a cada uno, cada una y a toda la Iglesia; un espacio “para enfocar en el rostro y la palabra del otro, encontrarnos cara a cara, dejarnos alcanzar por las preguntas de las hermanas y hermanos” (Homilía de Francisco).

Un auténtico encuentro requiere de la escucha, de la cual nace. Se da cuando escuchamos con el corazón a la otra persona; entonces, ella “se siente acogida, no juzgada, libre para contar la propia experiencia de vida y el propio camino espiritual”. La Iglesia crece en sinodalidad cuando todos sus miembros, a nivel personal y en comunión, con la ayuda del Espíritu se disponen a escuchar la Palabra de Dios junto a las palabras de los demás, sus hermanos y hermanas en la fe. Eso incluye “la escucha del mundo, de los desafíos y los cambios que nos pone delante” (Francisco) y la escucha del “clamor de la tierra como el clamor de los pobres” (LS. 49), dejándonos afectar por lo que escuchamos para responder a estos clamores con acciones inspiradas por la compasión, misericordia, solidaridad y el deseo de cuidar la vida.

Como el Sínodo, también su implementación tiene que caracterizarse por ser un

camino de discernimiento. El adviento es un tiempo propicio para ejercitarnos más en la práctica de discernir y, por ello, de la conversación en el Espíritu que en los procesos sinodales ha generado mucho fruto y ha puesto de manifiesto su dinamismo transformador en numerosas personas. A la vez, nos ayuda a poner en práctica y valorar el “sentido de fe” del Pueblo de Dios.

La práctica perseverante de estos tres verbos nos lleva a preparar juntos la llegada del Señor a este mundo muy herido y en gran necesidad de reconciliación, justicia en todas sus dimensiones y paz en el sentido integral del *shalom* bíblico que abarca todas las áreas de nuestra vida y toda la creación. Así, a través de nuestro proceso personal y en comunión contribuiremos a ser cada vez más una Iglesia auténticamente sinodal y, por ende, una Iglesia comunión, participación y misión, una Iglesia de escucha, de la cercanía, compasión y ternura, una Iglesia hogar y familia para todos y todas.

En este camino, los siguientes materiales para cada domingo de adviento quieren ser una ayuda. Consisten en: una oración de inicio, el texto bíblico y una reflexión de la Palabra, una iluminación desde el tiempo de una Iglesia sinodal, algunas preguntas para la interiorización, una oración final y la invitación a realizar un gesto sinodal. Estos materiales espirituales nos acompañan a lo largo del Adviento para apoyarnos en nuestros empeños de preparar el camino para la llegada del Señor y para que nuestra Iglesia sea cada vez más sinodal, una Iglesia en el Espíritu de Jesús.

Hna. Birgit Weiler

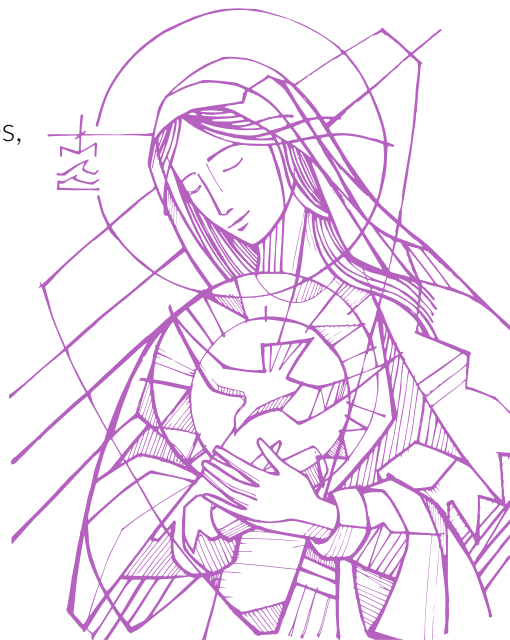


LOS ENCUENTROS, ¡CLAVE DE LA ALEGRÍA CRISTIANA!

Disponemos el corazón invocando al Espíritu:

Espíritu Santo,
que has sido derramado en nuestros corazones,
queremos conectar a tu Presencia
que nos habita en lo más profundo.
Dilata nuestro corazón, aumenta nuestra fe,
para que la Palabra, una vez más,
sea revelación del amor de Dios.
Que nos convierta cada día
y nos impulse a amarlo
y servirlo en cada encuentro,
en este “caminar juntas-os”
que abraza a “todos, todos, todos”.

Espíritu Santo,
sigue suscitando en tu Pueblo
una unidad que sea armonía en la diversidad.



LECTURA BÍBLICA

Isaías 35:1-10 | Santiago 5:7-10

Juan, que estaba en la cárcel, oyó hablar de las obras del Mesías y envió a sus discípulos a preguntarle: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?». Jesús les respondió: «Vayan a comunicar a Juan lo que oyen y ven: los ciegos recobran la vista, los paralíticos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia la Buena Noticia a los pobres. Y dichoso el que no se decepciona de mí». Cuando ellos se fueron, Jesús comenzó a instruir a la gente acerca de Juan. Les preguntaba: «¿Qué salieron ustedes a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Y si no, ¿qué salieron a ver? ¿A un hombre vestido con ropa lujosa? ¡Los que visten con lujo están en los palacios de los reyes! Díganme entonces, ¿qué salieron a ver? ¿A un profeta? Sí, les digo que a uno más grande que un profeta. Este es aquel de quien está escrito: “Yo envío a mi mensajero delante de ti, para que te prepare el camino ante ti. Les aseguro que entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie más grande que Juan, el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los cielos es más grande que él.

(Mt. 11, 2-11)

REFLEXIÓN DE LA PALABRA

En este tercer domingo de Adviento, la Iglesia nos llama a todos a la alegría: ¡GAUDETE!

Ya en la primera lectura se nos habla de ella, una alegría que el profeta Isaías expresa en términos apocalípticos: la creación —tan herida y agredida por nuestras manos— florecerá con alegría, brotarán manantiales en los desiertos, es decir, prevalecerá la vida. El profeta anuncia la salvación e invita a la paciencia y esperanza, fortaleciendo a los más débiles para que permanezcan de pie y confiados, pues Dios es fiel a sus promesas. También la segunda lectura anima a la paciencia y a la confianza.

En el salmo, uniremos nuestra alabanza a la de María, que en su encuentro con Isabel proclamó, llena de gozo, la acción salvadora de Dios a lo largo de la historia. Ese Dios que no olvida sus promesas, ni de los pequeños y los pobres, crece en el vientre de una muchacha y hace saltar de gozo al niño que Isabel lleva en el suyo, siendo ya anciana. El tiempo de Dios es siempre presente, oportuno y propicio: es Kairós.

En el Evangelio de hoy contemplamos un pasaje precioso y revelador del corazón de Jesús, pero también de la inquietud de Juan, que desde la cárcel se pregunta: ¿es Él realmente el Salvador esperado? Este texto desborda alegría, porque es el mismo Jesús quien describe los signos del Reino de Dios ya presente: “los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y la buena noticia es anunciada a los pobres”.

Lo que Isaías soñaba, lo que sostenía la esperanza e iluminaba la promesa del Dios fiel, es ya una realidad que brota en la persona de Jesús y en su comunidad itinerante. Allí se dan encuentros sanadores y nacen relaciones nuevas que revelan la voluntad del Dios-Abbá. Allí los pequeños y los pobres, los enfermos y los pecadores no son descartados; allí las mujeres encuentran su lugar como discípulas y compañeras. En esa comunidad crece la alegría, se comparte generosamente como los panes y los peces, y la fiesta no se acaba, porque las lágrimas dan paso a la risa, como el agua se transforma en el mejor vino.

Toda la liturgia de este domingo — desde el encendido de la vela rosada en la corona de Adviento hasta la proclamación de estos hermosos pasajes bíblicos — nos invita a la alegría: a reconocer que Dios sigue haciendo maravillas en medio nuestro.

Lo que celebramos no es un simple recuerdo de hechos pasados o de una gesta antigua, sino la certeza de que el mismo Dios, que se reveló plena y definitivamente en Jesús, permanece con nosotras y nosotros, y no nos ha dejado huérfanos.

ILUMINACIÓN DESDE ESTE NUEVO TIEMPO DE UNA IGLESIA SINODAL

Las promesas de Dios se revelan en los deseos más hondos y centrífugos, es decir, aquellos que no buscan el bien individual, sino el bien de todos ¿Y cuáles son esos anhelos profundos de la humanidad de ayer y de hoy? La vida plena y abundante; la superación de los males y de los límites que tantos sufren y que les impiden crecer, relacionarse, caminar con otros, ser reconocidos en su dignidad y como constructores de la historia. Hoy, de manera especial, anhelamos la paz.

Los signos del Reino —que, por otra parte, siguen siendo motivo de escándalo— son esa posibilidad abierta ya en aquellas humildes aldeas de Galilea por Jesús y, aquí y ahora, por nosotros ayudados por su Espíritu: la posibilidad de ver, de escuchar y de ser escuchados; de caminar y marchar junto a otros en busca de mayor justicia, inclusión, solidaridad, cuidado mutuo —fraternidad y sororidad— y cuidado de la creación.

Este tercer domingo de Adviento es una invitación a la alegría y a la esperanza: otro mundo es posible y ya se está gestando. El camino sinodal de la Iglesia es un signo que hoy podemos presentar y contar a tantos “Juanes” presos, silenciados o marginados, que con derecho dudan. Desde abajo, desde adentro y desde cerca, sentados en torno a una misma mesa, compartiendo las angustias y las esperanzas de nuestros pueblos,



vamos “diseñando” (diseñando en función de los mejores sueños) caminos nuevos para la sociedad y para la misma Iglesia.

Esos caminos que estamos llamados a recorrer juntos implican una espiritualidad de conversión y de comunión.

A su vez, estamos llamados a vivir una espiritualidad humilde, de peregrinos y buscadores.

Una espiritualidad de procesos comunitarios y de paciencia histórica. “El tiempo es superior al espacio” ha sido una de las claves del pontificado de Francisco. En esta espiritualidad sinodal “ánimo nos daremos a cada paso, compartiendo la sed y el vaso”, como dice un poeta.

Todos estos aspectos exigen una “cultura del encuentro”, que supere los desencuentros, los cuales existen y son normales. Los verdaderos encuentros serán posibles en la medida en que no nos atrincheremos en nuestros propios intereses y razones, rechazando o desvalorizando los de los demás. No sólo en la Iglesia necesitamos cultivar esta espiritualidad, sino que es nuestro aporte singular como cristianos en una sociedad dividida: al cultivar el encuentro, contribuimos a la paz y a la verdadera fraternidad.

En este tercer Domingo de Adviento, Gaudete, procuramos contactar con la alegría y la esperanza, no como sentimientos fugaces, sino como talante. No estamos solos, Dios sale a nuestro encuentro, siempre ha salido, se ha revelado de muchas maneras, hasta la plenitud de los tiempos en que lo hizo en su Hijo, Jesús de Nazaret, y él nos ha prometido su presencia y su Espíritu. “Yo estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos”, esa fue la experiencia de la comunidad de Mateo (Mt. 28, 20). Algo semejante vivió la comunidad joánica: “Les he dicho estas cosas para que mi gozo esté en ustedes y sea pleno” (Jn. 15, 11) Y bastante tiempo antes de la redacción de estos evangelios, Pablo escribía también un alegato inapelable desde su fe y la nuestra: “Nada nos separará del amor de Dios...” (Rom. 8, 35-39), y otra de las cartas subraya “Estén siempre alegres...” (1 Tes. 5, 16)

No se trata de una alegría de carcajada, ni superficial, se trata de una alegría honda que nace de la confianza, aún en tiempos difíciles. Justamente el Documento Final del Sínodo comienza recordando el nacimiento de la Iglesia a partir de la crisis que provocó en sus amigos y seguidores la crucifixión del Maestro. Jesús se puso en medio de los discípulos encerrados por temor y aplastados por la experiencia de la cruz y les dijo: «La paz con vosotros». Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor” (Jn. 20, 19-20)

Y finaliza el Documento subrayando que en el proceso sinodal se ha redescubierto que la salvación pasa por las relaciones, por los encuentros que superan desencuentros y diferencias “caminando al estilo sinodal entrelazando las vocaciones, carismas y ministerios y saliendo al encuentro de todos para llevar la alegría del Evangelio, podemos experimentar la comunión que salva” (n.154).

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN ORANTE

Mario Benedetti escribió hace muchos años un poema “Defensa de la alegría”, podemos buscar el texto, o escuchar una parte aquí: <https://youtu.be/R91YZwnIFMc> y reflexionarla juntos.

¿De qué realidades y fantasmas debiéramos defender la alegría los cristianos hoy?

¿Qué rasgos de espiritualidad (los señalados u otros) nos parecen más importantes en este tiempo?

Compartir la alegría de algún encuentro significativo que hayamos vivido últimamente.

ORACIÓN FINAL

Te bendecimos, te alabamos, te damos gracias Padre, junto a Jesús,
porque ha sido tu voluntad revelar estas cosas a los pequeños:
el valor de los encuentros, la maravilla de los mismos.
Te pedimos estar muy atentos esta semana -y siempre- a tu Presencia
en lo más íntimo de nosotros mismos
y a tu Presencia en cada persona que nos encontremos,
ya sea cara a cara o tirado al borde del camino.
Con tu ayuda podremos seguir caminando juntos,
irradiando la alegría de tu salvación y la paz
que tanto necesita nuestro mundo herido.
Recuérdanos, Señor, tu fidelidad,
y que ella sea siempre nuestra alegría y esperanza.

GESTO SINODAL

Esta semana nos proponemos vivir con conciencia, en clave de alegría y gratitud, los encuentros cotidianos y propiciar otros, con personas o grupos que elegiremos por su soledad o lejanía. En cada encuentro daremos — y estaremos también abiertos a recibir — paz y alegría, confianza y esperanza, una Buena Noticia, en suma, como en los encuentros de María e Isabel, o de tantos y tantas con Jesús.

Comisión Espiritualidad Sinodal del Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño (Celam)

Ingresando podrá ver y descargar
los videos de reflexiones sociales
para el Adviento



Visite <https://sinodo.celam.org/>



www.celam.org